

Cartas a Zoé sobre filosofía

Querida Zoe:

Los filósofos de oficio se plantean muchas veces cosas absurdas: si cada día cambiamos un clavo y una tabla de un barco manteniendo idéntica la misma forma, ¿será el mismo barco cuando hayamos cambiado todos los clavos y todas las tablas? O bien: ¿se morirá de hambre un burro situado en medio de dos montones de paja iguales sin saber cuál de ellos comer?

Todas ellas cuestiones tontas ¿no? Sin duda te sonarán a esos problemas escolares: “Si un tren sale de Barcelona a las ocho de la tarde...”. ¿Qué te importan a ti los barcos, los trenes y los burros!. Ahora bien, esa gimnasia mental viene a ser como los ejercicios de los atletas: una preparación al salto, la carrera, el lanzamiento, etc. ¿Has tensado ya los músculos?

Querida Zoe:

Detrás de las cosas absurdas anteriores hay cuestiones tan vitales como el movimiento, el cambio, la materia, la sustancia, el hilemorfismo - ¡vaya nombrecito! - la identidad, la voluntad, la racionalidad, y pare usted de contar. Me dirás eso de “menos lobos, Caperucita” y que para ese viaje no hacía falta llevar alforjas. El señor don Pero Grullo afirma que, si bebemos vasos de vino de una botella y la llenamos con otros iguales, la botella de vino puede ser o no ser la misma, pero la cogorza es de aúpa. Y en cuanto al asno, como es asno, no perderá el tiempo deshojando las razones para tomar una decisión racional. Sencillamente el bruto, más listo, se lanzará movido por el instinto del hambre hacia el montón que más rabia le dé. El hombre, después de estrujarse los sesos, dándose por derrotado, lanzaría una moneda al aire, pero hay que dar a la libertad lo que es de la libertad y al azar lo

que es del azar.

Querida Zoe:

No voy a contarte las paradojas de “Aquiles y la tortuga” o de “la flecha y el blanco”. Éstas, más conocidas que el tebeo, las inventaron los griegos antiguos (distintos a los modernos). Se trataba de demostrar la imposibilidad del movimiento reduciendo la lógica al absurdo. O sea, contradiciendo la experiencia a la razón. Hubo una vez cierto obispo que ponía en duda la existencia del mundo real hasta que un empirista más coherente le dio una patada en el trasero y quedó así convencido. Las nuevas paradojas que te planteó son obra de un lord inglés y de un poeta sevillano. El caballero británico dice: “en el reverso de la hoja está escrita la solución”; cuando das la vuelta lees: “en el anverso está la solución.”. En suma, la solución es que no hay solución. Pero esto es una contradicción como decir que “todo es relativo”. Ese “todo” convierte a la proposición en una afirmación

absoluta (los padres de esos rompecabezas fueron Zenón y aquel avispon feo que dijo eso de “sólo sé que no sé nada”).

La paradoja siguiente es de un buen poeta y hombre bueno (en el mejor sentido de la palabra). A los jóvenes les dice: “Doy consejo a fuer de viejo: nunca sigas mi consejo”. Y entonces: ¿en qué quedamos?.

Todo lo dicho pone en jaque a la razón. Los griegos, que presumían de que el logos hubiese dado la estocada al mito, tuvieron otra ocasión para quedar estupefactos y con la cara de pasmarotes. Estudiando los geómetras la circunferencia descubrieron un número loco, orate, irracional. Lo bautizaron con el nombre de π (pi). Calculaban, y seguían y seguían y nunca acababan hasta que cansados tuvieron que poner puntos suspensivos con la esperanza imposible de que alguien llegase hasta el final: 3, 1415926535...

En suma, te digo esto para que sepas que la razón no lo es todo sino una isla que surge “en el mar de la

vida”. A los “razonantes” les hace falta un rocinante
montado por un caballero de la triste figura.

Querida Zoe:

“La guerra – dijo un filósofo - es el padre de todas las cosas”. Así tenemos la izquierda contra la derecha, los monárquicos contra los republicanos, los cartagineses y los romanos, los Estados Unidos y Rusia, el Barça y el Madrid, el hombre y la mujer, etc. Pues bien, la filosofía tiene igualmente sus dos bandos enfrentados: unos son los racionalistas, otros los empiristas. Cierta cuadro de un pintor renacentista muestra a los dos jefes de cada facción señalando sus diferencias: uno señala con el dedo hacia el cielo, otro hacia la tierra. Evidentemente cada equipo grita: “soomos los mejores, soomos los mejores”. Uno de ellos se atrevió a decir que toda la historia de la filosofía solamente eran notas al margen del maestro de la teoría. Sin embargo, un empirista cuenta una historia que le saca los colores a quienes creen que las teorías no se fundan en la experiencia sino en la mente. Podríamos

llamarla la historia del “pavo inductista”. Cierta pavo recibe cada día la comida del granjero. Así, día tras día, engordaba y engordaba. Y como todos los días el granjero venía con la pitanza pensó el siguiente axioma que le pareció evidente: “el granjero lleva siempre comida a los pavos”. Pero un día llegó el “Thanksgiving Day”, el día de “Acción de Gracias” ...

Moraleja: “el Señor lo dio, el Señor lo quitó”. O en versión laica: “se acabó lo que se daba”. También algún día nosotros, dejando el campo de juego, debemos bajar al vestuario. Memento mori.

Querida Zoe:

La novela “Guerra y Paz” de Tolstoi se iba a llamar “Bien está lo que bien acaba”. ¿Te imaginas ese nombre gris y anodino en un escaparate junto a títulos como “El niño del pijama a rayas” o “Matar a un ruiseñor”? Pues bien, uno de los grandes filósofos de la antigüedad tenía los dos omoplatos tan grandes como la Suma Teológica. O sea, debía parecer un matón de discoteca. Su fama no sería la misma si en los manuales se le llamase el “anchodeespaldas”. Y los discursos de Cicerón nos harían sonreír firmados por “garbancito”, su mote familiar (¿no te has cuenta que “cigrons” es de la misma familia que “Cicerón?”. O bien, teniendo en cuenta que “paulus” significa “pequeño”, el apóstol de los gentiles sería en realidad “el pequeñajo de Tarso”, por no decir Chiquito de la Calzada.

Ya te he dicho alguna vez que nuestro apellido quiere decir “juanetudo”. La etimología es una ciencia

peligrosa.

Querida Zoe:

Un filósofo español escribió un libro cuyo título es el siguiente: “Qué es Dios y Quién es Dios”. Pues aquí están los dos cuernos del dilema. El “qué” cosifica a la divinidad y el “quién” la personaliza. El Dios de los filósofos es la conclusión de un silogismo. Como los teólogos, el filósofo habla de la “causa primera”, y cosas de ese estilo que congelan el fervor religioso. Y todo ello en tercera persona, como César (aquel al que honramos sudando en el mes de Julio) ¡Qué diferente el poeta que, sin ni siquiera “ustedear”, tutea al Padre!. Hasta el blasfemo no cosifica a Dios como hacen sus siervos los teólogos y los antaño esclavos de la teología. Creo, disculpa la irreverencia, que Dios prefiere que le llamen “hijoputa” a “Causa primera”. Y ahora te hago una confesión: cuando tecleo velozmente, contra mi voluntad, escribo “dios”, así, en minúscula. ¿Acaso lleva la tipografía hacia el ateísmo? Tal vez sería mejor decir

que hace falta tiempo para pulsar conjuntas las dos
teclas precisas. O sea: pensar en Dios y hablar con Dios.

Querida Zoe:

Sin duda tú no tendrías ninguna duda en clasificar al chihuahua, al pastor alemán y al siamés en las categorías de perro y de gato. Pero un niño pequeño no sabría hacerlo. Tal vez viese al chihuahua y al siamés más cercanos por su tamaño pequeño. En cualquier caso, podría advertir que todos tienen cuatro patas a diferencia de las aves y que, además, carecen de pico. Los hombres, bípedos implumes, hemos construido unas categorías zoológicas en las cuales metemos a los animales particulares. Y bien: ¿Hay un chihuahua universal del cual Pity, el chihuahua de mi prima, es un caso individual? La pregunta parece tonta, claro está. Ahora bien, si yo te digo: ¿Existe España o bien los españoles? Algunos, defensores a ultranza de la España eterna, se hiperventilan sosteniendo con ardor que hasta Séneca y Trajano son tan compatriotas como Manolete y Concha Piquer. ¿Qué es España? ¿Un

problema? ¿Una proa en Occidente?

Querida Zoe:

Yo no sé rezar a una piedra. Tampoco sé rezar a dos piedras. Yo no sé rezar a una montaña. Yo no sé rezar a un árbol. Tampoco sé rezar a dos árboles. Yo no sé rezar a un bosque. No creo en montañas sagradas ni en bosques encantados. Hubo un filósofo que identificó a Dios con la naturaleza. Esta doctrina se llama panteísmo. En definitiva, sumar todos los árboles y todas las piedras (con todos los seres, claro).. O sea, algo así como un andrógino. No sabemos si es varón o hembra, si tiene pilila o rajita. Dios o Naturaleza. ¡Es lo mismo!

Ahora bien, si Dios existe, es persona o no es nada más que rocas y ramas. Nada. ¿Y qué es persona? Podría decirte que significa “máscara teatral”. Pero no quiero caer en una barata erudición a la violeta.

Cuando un perro se pincha con una espina ladra, se duele, sufre. Y lo mismo hace un hombre. Esa mínima

espina le hace percibir la mínima sílaba del “yo”. Sabe que sufre. ¿Y el perro? Bien, aunque me llames cínico, no soy un perro. Lo desconozco. Solamente es mi mejor amigo o yo el suyo.

Querida Zoe:

Así como existe una poesía religiosa también hay una ludopatía “a lo divino”. Cierta pensador francés del siglo XVII, cansado de los “espíritus fuertes” que alardeaban de materialismo ateo, creyó que debía convertirlos con su propia medicina. “¿No queréis taza? Pues ahí tenéis taza y media”. Y se sacó del magín el argumento de la apuesta para ver si se enviaban en el juego tales “espíritus fuertes”. Pascal, que así se llamaba el hombre, les dijo a los ateos: “Vamos a ver: no sabemos si existe Dios. Apostemos. La idea, gramó más o menos, se podría expresar así: tal vez hay pocas probabilidades de que jugando un euro (creer) obtengas un millón (la gloria eterna). Pero si Dios existe lo ganas

todo apostando muy poca cosa, un euro. Ahora bien, si no quieres apostar por Dios (ser ateo) no ganas nada si no existe, mientras que si existe lo pierdes todo. ¿Qué te conviene hacer? ¿Qué es lo más apropiado para los hombres que presumen de la razón burlándose de la superstición?

Sí, ya supondrás que el argumento de la apuesta les parece un pelín frívolo a los teólogos serios (sobre todo si no conocen estadística). Yo escribí un poema en que lanzaba una moneda al aire: “cara, Dios; cruz, la nada”. Pero, ¡mira por dónde! - decía - “la moneda se cayó en el agua”. Y es que la fe en la existencia de Dios no es cosa del azar sino de la voluntad.

Querida Zoe:

Cuando nuestros antepasados llegaron a tierras americanas los indios desconocían el caballo. Algunos conquistadores decían que tomaban al hombre y a la cabalgadura como un mismo animal. Yo creo que esto es una chufra para desacreditar al enemigo. Sería como decir: “Mira qué tontos, aún creen en los Reyes Magos.” Pero la verdadera magia es que unos monarcas impulsaran la insensatez de cruzar la mar de agua salada metidos en tres nueces partidas. Los indios, sin haber oído hablar de Zeus, Poseidón, Afrodita y la extraña familia, habrían imaginado a los centauros. Un célebre filósofo, bastante antiguo, dijo que los hombres eran como unos jinetes a caballo. El alma sería el jinete y el cuadrúpedo sería el cuerpo. Si quieres actualizar la metáfora diríamos que el jinete es el piloto y el caballo un avión. Ahora bien, si el piloto se duerme, se estrella el avión; si el avión pierde un tornillo, se estrella el

avión. ¿Podemos dividir uno del otro? ¿Es el cuerpo separable del espíritu? ¿No existirán los centauros? Se dirá que el jinete puede bajar del caballo y el piloto descender del avión. Sin embargo, un jinete sin caballo no se llama jinete ni un piloto sin avión es tampoco un piloto. ¡Divídame el anverso y el reverso de una hoja!. No, los centauros no existen, aunque los civilizados no son tan civilizados ni los salvajes son tan salvajes.

Querida Zoe:

Yo recuerdo que de chico, hace ya varias décadas (¡eh!, no más de cinco) había un meteorólogo que prometió afeitarse el bigote si el domingo no llovía. El lunes apareció en la pantalla de televisión tras haber pasado por las manos del barbero. Alguna vieja, a la que no le dolían los huesos, ya había pronosticado la metedura de pata. Ciertamente, en aquellos tiempos no existían cientos de satélites tomando el pulso a la naturaleza. En nuestros días tenemos más datos y las predicciones son mucho más fiables. Y aquí surge un gravísimo problema. Si conociésemos todos los datos podríamos hacer pronósticos para cada segundo. Ahora, pasando del orden natural al orden moral... ¿Podemos saber todas las acciones humanas conociendo el conjunto de todas las causas que mueven la voluntad de los hombres? La consecuencia es terrible: no hay libertad y Dios es una hipótesis innecesaria. Algunos

delincuentes, convertidos interesadamente al determinismo puro y duro, dicen: “Oiga, señor juez, usted no puede condenarme porque yo no pude actuar de otra manera”. A lo cual el juez responde: “¿Y quién le ha dicho que yo soy libre para absolverlo?”. Por fortuna, los meteorólogos actuales saben que “marzo marcea” y en abril no siempre hay aguas mil.

Querida Zoe:

Si tú ves a un hombre que pisa una piel de plátano cayendo de bruces ¿qué harías? Pues evidentemente saldrías corriendo para ayudarlo. Sin embargo, en el cine cómico la caída nos provoca risa. Hace siglos un viejo que contemplaba las estrellas se cayó en una zanja en un terreno. Y esto a una niña tracia, que podría llamarse Hilaria, le causó hilaridad. “No miran por dónde van”- diría. Y es que el filósofo es un ocioso, un comeflores, alguien que no hace “lo que verdaderamente importa”. Vive en un mundo paralelo. ¿No es lógico reducir en los planes de estudio el número de horas dedicado a aprender lo que hombres del pasado han pensado? ¡Ganarse la vida pensando qué es la vida!. El filósofo sobra, está de más.

Pero algunas veces no es solamente un trasto inútil, una antigualla arrumbada en el desván. A veces el filósofo es peligroso. Puede ser un tábano molesto, un

incordio que pasa el día proclamando que no somos tan listos como creemos. Y se le hace tomar veneno bajo cualquier pretexto judicial. Otras veces se le encierra en las prisiones para que no ejerza la funesta manía de pensar. La filosofía es crítica, búsqueda de la verdad. ¡Y tantas veces la verdad duele y no se quiere escuchar!. Claro está que algunos pensadores cobardes endulzan el oído de los poderosos que les pagan con alpiste de cátedra.

Querida Zoe:

Quien no se consuela es porque no quiere. ¿Te has roto un brazo? Podías haberte roto los dos. ¿Tal avión se ha estrellado? Pues noventa mil se mantienen en el aire. Y si hay cientos de miles de muertos en un terremoto, ¿vamos a quitar a los hombres poder construir sus casas donde quieran? Todas cuentas hechas, resueltas todas las ecuaciones posibles y comprobadas todas las combinaciones, Dios ha decidido que este mundo es “el mejor de los mundos posibles”. Algunos se burlan de este pensamiento ingenuo: “¡pobres cándidos!”. Hambre, peste, guerras, y hasta el coronavirus, deben mirarse al trasluz de “al mal tiempo, buena cara”. Después de todo vivimos en el mejor de los mundos posibles. Ahora bien, ese optimismo “panglossiano” olvida una cosa muy importante: si este mundo es el mejor de los mundos posibles ya no podemos hacer un mundo mejor. ¿A qué pues el esfuerzo para ganar unos metros más a la virtud

y hacer retroceder el mal?

Pablo Galindo Arlés

1 de octubre de 2020